

Kostas Uranis

España.
Sol y sombra

Edición y traducción de Christina Mougoyanni

cómo nos vieron  cátedra

Índice

INTRODUCCIÓN	7
La presencia griega en España. Breve repaso histórico	10
Los viajes de Kazantzakis y Uranis	21
Apuntes bio-bibliográficos sobre Kostas Uranis	23
<i>España. Sol y sombra</i>	30
Uranis y Unamuno	36
BIBLIOGRAFÍA	39
ESPAÑA. SOL Y SOMBRA	43
Prólogo	45
Sol y sombra: el alma de España	53
Castilla	55
La desnudez y el luto de Castilla	55
El letargo de los pueblos	60
Madrid, una capital artificial	66
El difunto que vive en El Escorial	71
Una flor en un desierto	78
La atmósfera guerrera de Segovia	94
El Toledo que no ven los viajeros	98
El Greco, el dios de Toledo	103
El oasis de Aranjuez	108
En la patria de Don Quijote	112
En Sierra Morena	117
Andalucía	123
El encanto de Andalucía	123
La hora de los patios en Córdoba	127

Una mezquita y un palacio	136
El mes de mayo en Sevilla	145
La dulzura de Sevilla	150
El Quijote de los descubrimientos	156
El último engaño de Don Juan	162
Goya: la España romántica	167
La belleza de la Alhambra	173
Gitanos cavernícolas	187
Cádiz; un engaño de mi imaginación	193
Una revolución pacífica en España	199
Corriendo a toda velocidad hacia los acontecimientos espa- ñoles	201
En busca de la República	204
Burgos, el aburrimiento de España	208
Ahora que la inundación se ha retirado	213
«¡Ya tenemos la República, sólo nos queda hacer la Revolu- ción!»	218
Los nuevos autos de fe en España	221
España, el país de lo inesperado	226
Impresiones de otros viajes por España	231
De Francia a la patria de Don Quijote	233
Don Pablo Gándara y Palleres. Intérprete español	235
Madrid	239
Corridas	245
«Geishas» de Sevilla	252
Bajo la luz de Andalucía	255
Gerona	257
Barcelona	260

INTRODUCCION

Si hubiéramos de hacer la historia de los *viajeros* europeos que han visitado la Península Ibérica presumiblemente serían los griegos los que se llevasen el honor de haber sido los primeros. Sin embargo, si bien es cierto que su venida y presencia se remonta a varios miles de años, no lo es menos que el azaroso devenir histórico de ambos pueblos —griegos y peninsulares— ha hecho que se hayan ido distanciando paulatinamente hasta el extremo de que durante los últimos siglos apenas si existiese un significativo contacto e intercambio cultural entre Grecia y España, similar al que ambas mantuvieron respectivamente con el resto de países europeos (Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, etc.).

Para evidenciar este desconocimiento mutuo bastaría con revisar la lista de viajeros españoles por Grecia en los pasados siglos y viceversa, y no nos referimos a los flujos turísticos, sino a los viajes de formación o de descubrimiento, a los viajes literarios. Mientras se encuentran sin dificultad decenas de alemanes, centenares de franceses e ingleses que han visitado España y han relatado sus experiencias viajeras, resulta complicado dar con griegos que hayan escrito sobre sus viajes por España. La relación es tan breve que sólo cabe citar dos ejemplos recientes, ambos son de los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil: Nikos Kazantzakis¹ y Kostas Uranis². Ambos, con sus libros sobre España, son los iniciadores de

¹ La transcripción de los nombres propios griegos al español siempre resulta problemática. A pesar de los intentos normalizadores (cfr., por ejemplo, Bádenas de la Peña, *La transcripción del griego moderno al español*, Madrid, Gredos, 1984) sigue existiendo bastante confusión al respecto. En la presente edición se ha pretendido ofrecer al lector una transcripción fonéticamente transparente, pero respetando aquellas formas consagradas por el uso.

² Más cercanos en el tiempo son los libros de Kostas E. Tsirópulos, *Estudios sobre España* (Madrid, Editora Nacional, 1968), que recoge una serie de impresiones líricas sobre las tierras de España y algunas de sus figuras literarias; de Ersi Lague, *Ispanía. Tierra de sol*, 1981, un pequeño opúsculo de escritura telegráfica experimental sin más

la literatura de viajes en Grecia, si bien este género ya contaba anteriormente con los precedentes de algunos relatos de viajes interiores por el propio país, como los de A. Moraitidis, A. Palis, Papandoniú, Zeotokás, Panayotópulos o Venezis.

LA PRESENCIA GRIEGA EN ESPAÑA. BREVE REPASO HISTÓRICO

Primeros contactos entre Grecia y la Península Ibérica

A finales del siglo VIII a.C. la presencia griega en la Península aún no es un hecho continuado. Los hallazgos arqueológicos parecen demostrar que las redes comerciales que los griegos de Eubea³ establecieron en esta época por el Mediterráneo no llegaron hasta nuestras costas sino a través de los fenicios.

Todavía en ese lejano y fabuloso pasado, fecha de composición de los poemas homéricos y de las obras de Hesíodo, la Península Ibérica continúa siendo para los griegos terreno reservado al mito, confín del mundo por ellos conocido y habitado (*oikouménē*). Tal es así que las andanzas de Heracles le llevaron —según las tradiciones y leyendas griegas de esa época— hasta la Península para enfrentarse al tricéfalo Gerión y robarle sus bueyes o, quizás, según otros para buscar manzanas en el jardín de las Hespérides. De cualquier forma, ni todas las fuentes coinciden en situar el mito de Gerión en tierra ibérica ni es éste el momento de disquisiciones al respecto.

Asimismo, existieron relatos míticos que también situaron en la Península el destino de algunos marinos griegos, combatientes de la Guerra de Troya, que a su finalización navegaron errantes por el Mediterráneo. Toda esta incertidumbre mitológica nos muestra cómo hasta los siglos III y II a.C. la Península Ibérica seguía siendo

interés que el anecdótico y de pesada lectura; aunque no de manera monográfica también Zajarías Papandoniú (1877-1940) incluyó sus impresiones de España en un libro de viajes publicado en 1995 en el que escribe sobre Roma, Florencia, Zagreb, Suecia y Dinamarca, lo mismo que sucede con Meropi Ikonomu, en un reciente libro de viajes publicado en Atenas en 1990, pero escrito en 1967, que relata de manera ágil y casi cinematográfica su viaje por España, produciendo su lectura la sensación de ver pasar por la ventana del tren los paisajes y ciudades descritas.

³ *Εὐβοία*, isla del mar Egeo (Grecia), llamada Negroponto en la Edad Media. En la Antigüedad, las ciudades de Eubea (sobre todo Calcis y Eretria) fundaron numerosas colonias por las costas mediterráneas.

un territorio remoto y prácticamente desconocido para los griegos; sin embargo, el hecho de que forme parte de su universo mítico supone en sí una forma de conocimiento, ya que para los griegos el lenguaje mítico no era independiente de la historia.

De las referencias históricas sobre la presencia griega, una de las más antiguas, si no la más, es la que hace Heródoto del viaje de Coleo de Samos a la Társida (Tartessos), a pesar del carácter legendario de las circunstancias del mismo⁴. Coleo, patrón de una embarcación con destino a Egipto, llega a las costas occidentales del Mediterráneo desviado por vientos desfavorables y traspasando las Columnas de Hércules, tenidas por el límite de la *oikouménē*. En el reino de Tartessos fueron bien recibidos los samios y obtuvieron una gran cantidad de riqueza. De esta manera se iniciaba —quizás de una forma más simbólica que histórica— una serie de contactos comerciales de marinos samios con el Levante ibérico.

Es el mismo Heródoto quien también da noticia de los contactos de los foceos con la Península, y dice que ellos fueron los primeros en descubrir Iberia y Tartessos⁵, de cuyo mítico rey, el hospitalario Argantonio, se hicieron amigos e incluso consiguieron que financiara la construcción de una muralla defensora para la ciudad de Focea. Esto debió suceder en los últimos años del siglo VII a.C. Las expediciones griegas a Tartessos coincidieron con un período de prosperidad y expansión por el Mediterráneo Occidental de Focea, destacando por su importancia Massalia (Marsella) y Emporion (Ampurias), fundada a principios del siglo VI a.C., y hasta ese momento la única ciudad griega en la Península. Los foceos establecieron relaciones comerciales con Tartessos y con las principales ciudades fenicias en la Península Ibérica a lo largo de todo el siglo VI a.C., intercambiando productos agrícolas o manufacturados (cerámicas, bronce, aceite, vino, etc.) a cambio de metales.

Pero adentrarnos en la historia de las relaciones ibérico-jonias nos alejaría demasiado del propósito de esta introducción. Así pues, basten apenas estas referencias para hacernos una idea de que las relaciones entre la Península y los navegantes griegos a lo largo de los siglos VI-IV a.C. eran de carácter eminentemente comercial.

La presencia griega aumentó poco a poco durante los siglos siguientes: Emporion se convertía en una importante ciudad para el

⁴ Heródoto, IV, 152.

⁵ Heródoto, I, 163.

intercambio comercial, y surgen otros asentamientos o colonias a lo largo del Levante ibérico: Ullastret, las riberas del Júcar (Sucron), Cartagena (Carquedón), etc. Esta presencia ya no sólo fue mercantil sino que ejerció también una evidente influencia cultural en los iberos, que asimilaron en cierto modo motivos y estilos griegos en su decoración, en bronce, terracotas, etc.

Desde este momento y hasta el siglo II a.C. se produce un paulatino declive de la presencia griega, paralelo al incremento del poder político y la influencia de Roma y Cartago. Al menos, el vacío de información que tenemos parece indicar una falta de interés de los griegos por los asuntos peninsulares. Con la conquista romana de buena parte de la Península y la estabilidad que supuso, se produce la llegada de nuevos viajeros griegos, cuyos testimonios aprovechó Estrabón para escribir sobre estos territorios en su *Geografía*, entre ellos el del geógrafo Artemidoro de Éfeso (100 a.C.), el del filósofo Posidonio de Apamea (135-51 a.C.) o el de Asclepiades de Mírlea (90 a.C.), quien según el mismo Estrabón⁶ habría enseñado gramática en la Turdetania y publicado una descripción de sus pueblos y gentes, que por desgracia no se conserva, ya que habría sido el primer libro de viajes por España.

Entre los viajeros a los que me refiero, merece la pena recordar a Apolonio de Tiana, filósofo neopitagórico, nacido en Tiana, Capadocia-Éfeso, que vivió durante el primer siglo de nuestra era. El testimonio de su viaje lo tenemos a través de Filostrato, quien nos refiere el viaje de formación del filósofo griego. Apolonio llega a la Península Ibérica para visitar Gades e informarse del estado de los conocimientos filosóficos y científicos (movimientos de las mareas e influencia de la luna sobre ellas) en esta parte del mundo, motivos semejantes a los que le habían llevado con anterioridad por la India.

Lo más significativo de estos últimos años seguramente fue la transformación simbólica de la Península Ibérica en el imaginario griego: el incierto espacio geográfico que había comenzado siendo límite mitológico del mundo conocido, que durante varios siglos sólo interesó por sus metales o riquezas, por los combativos mercenarios iberos que servían tanto en los ejércitos de cartagineses como de griegos, de pronto, justo en el momento en que políticamente cae en la órbita romana, pasa a ser considerado como tierra helenizada desde hacía siglos por los navegantes griegos.

⁶ Estrabón, III, 4, 3.